



## LAS AMÉRICAS EN LA OBRA DE RUGGIERO ROMANO. UNA APROXIMACIÓN

Fernando J. Devoto\*

Existen muchas imágenes de un historiador o de cualquier persona y nunca podremos cubrir todos los ángulos desde los que una vida podría ser mirada.<sup>1</sup> Ortega había dicho, en alguna parte, que Madrid era distinta para aquel que llegaba a ella desde Toledo o desde la carretera de Burgos. Si un objeto como una ciudad se presta a infinitas perspectivas ¿qué decir de la vida de una persona de la que poseemos informaciones fragmentarias y discontinuas (como en el Ciudadano Kane de Orson Welles) y cuya clave explicativa, si existe, jamás podremos descifrarla del todo? Al menos, en el caso de un historiador, podemos consolarnos en que, siguiendo el consejo de Croce, es conveniente detenerse sólo en sus ideas históricas, expresadas en un corpus de textos por él producido. Lo otro sería, como dijera el pensador abruces, apelar al “punto de vista del camarero”<sup>2</sup>. Valga esa advertencia preliminar para señalar que el Ruggiero Romano que presentaremos aquí será ciertamente parcial, por las razones antes aludidas y por nuestro insuficiente conocimiento de la obra del autor y del contexto historiográfico en el que opera. El ponente expresa de antemano sus límites: cono-

\* Universidad Nacional de Mar del Plata.

<sup>1</sup> El presente artículo sigue bastante fielmente la comunicación presentada en el seminario organizado en honor de Ruggiero Romano en ocasión de su doctorado “Honoris causa” concedido por la Universidad de Camerino en mayo de 1998. Habiendo sido formulada para ser transmitida oralmente trata de conservar el tono coloquial de la exposición y las notas han sido reducidas al mínimo. El lector interesado puede encontrar otras referencias de las obras de Romano aludidas en el texto en el catálogo que incluye la edición integral de sus trabajos realizada por A. Filippi, *Ruggiero Romano, L'Italia, L'Europa, L'America*, Camerino, Università degli Studi, 1998. Una serie de reflexiones más pertinentes que las mías se encuentran en el número de la “Revue Européenne des Sciences Sociales”, XXI, 1983 dedicado a los sesenta años de Romano. Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Juan Oddone, Enrique Tándeter y al mismo Ruggiero Romano por las informaciones que me brindaron para realizar este trabajo. Nadie es desde luego responsable de errores, omisiones, mutilaciones o incorrectas perspectivas salvo el autor de estas líneas.

<sup>2</sup> B. Croce, “La crítica del *cameriere* e Vittorio Alfieri”, en Id., *Conversazioni Critiche. II*, Bari, Laterza, 1950, pp. 168-171.

ce apenas mediocrementemente las historiografías rioplatense y más limitadamente aún las francesa e italiana, del resto apenas muy sumarias nociones. Enfoque resultante, entonces, desigual geográficamente, parcial y fragmentario pero esperamos que, desde el punto de vista elegido, no arbitrario.

Una segunda premisa sería la siguiente: la obra de todo intelectual mirada desde la cima de un éxito merecido puede verse como un continuo sucederse de triunfos olímpicos que coronan linealmente una carrera. En este caso, se trata de la del más reconocido historiador europeo viviente que se haya ocupado sustancialmente de América Latina. La imagen, en su linealidad y en su continuidad, es seguramente engañosa en éste y en cualquier caso. Como alguna vez enseñara Franco Venturi, el historiador de las ideas, a diferencia del filósofo, no debe resalir hacia las fuentes construyendo una límpida trayectoria, toda ella contenida en el desarrollo sistemático de ciertos núcleos originarios<sup>3</sup>. Por el contrario, el historiador debe acompañar esas ideas (y esas trayectorias profesionales) en su desplazarse en el río torrencioso de la historia, seguirla en los meandros en los que se desvía, indagar las fuerzas que se le oponen, los obstáculos que encuentra. En esa perspectiva, que no postula a priori la necesaria unidad ni deja de percibir todos los obstáculos que, para su difusión primero y para su éxito después, encuentran las ideas y las acciones de un historiador, es que pretende inscribirse este pequeño ensayo.

Comencemos este breve excursus de Ruggiero Romano y América, por la geografía. Ha habido muchas Américas en Romano: el Río de la Plata primero, en el tránsito de los años cincuenta a los sesenta, el Perú luego en los setenta, finalmente México en los 80. En este sentido, las Américas han sido un plural y no un singular en su experiencia y ello tanto en el tiempo como en el espacio. La pluralidad que proponemos no es aquí la de todo argentino que, partiendo de Mitre, se esfuerce por pensar desde la “excepcionalidad” argentina, la diversidad iberoamericana; es, en cambio, una pluralidad que aspira a dar cuenta de una biografía intelectual desde la diversidad y la fragmentariedad aludida en el párrafo anterior.

Permítaseme aquí pues evocar más la diversidad de las Américas aún si sé bien que para Romano, como por otra parte para la mayoría de los historiadores europeos, América al menos la Latina ha sido más un singular que un plural. En este sentido, Romano siempre estuvo atraído, desde sus estudios sobre la economía colonial de Chile (“fenómenos que hemos mostrado para Chile están presentes en todas partes de México al Río de la Plata”) hasta los producidos treinta años después, sobre las “coyunturas opuestas”, por indagar una problemática unitaria<sup>4</sup>. Unidad de problemáticas más que de realidades socio-culturales.

Si la geografía intelectual de Romano nos habla de numerosas Américas también nos habla de que ésta nunca ha estado aislada en una red personal, institucional e historiográfica que surca ambos lados del Atlántico. Permítasenos sugerir que la red en la que está inserto Romano nos enseña mucho de su biografía intelectual. Se trata de una red de “malla abierta” que se extiende de Polonia hacia el este a los Andes en el oeste, desde París en el norte hasta Nápoles —o si se prefiere y más recientemente hasta Palermo, un lugar desde el cual pensar el imperio español, en el sur. Si comparásemos esa red con la del último Braudel veríamos que la de Romano se dilata hacia el Sur (Nápoles y América meridional) mientras que la de

<sup>3</sup> F. Venturi, *Utopía e riforma nell'Iluminismo*, Torino, Einaudi, 1970.

<sup>4</sup> R. Romano, *Una economía colonial: Chile en el siglo XVIII*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

Braudel es mucho más noratlántica —y en la franja europea el mediterráneo (otra cuestión es África del Norte) no se expande mucho más allá del eje Prato-Barcelona. Geografía que no habla aquí de influencias, que van mucho más allá de estas imaginarias fronteras, sino de relaciones institucionales y personales, de contactos, de intercambios.

Una segunda comprobación, desde la geografía social, es que Romano ha sido un historiador que ha operado en las fronteras de lo que entonces podría haberse definido como una “civilización” historiográfica. Es decir frontera de una forma de hacer historia, en sus problemas tanto como en sus incertidumbres. Desde luego tenemos por una parte a Polonia, en la que puede proponerse con rapidez el “Hic sunt leones” que definía un limes conflictivo para las posibilidades de una historia a la vez nueva y comprensiva, en el marco de las constricciones impuestas por el antiguo régimen de los socialismos reales. La misma expresión, originaria en las fronteras de la civilización medieval, creo que sin exageración también podía haberse utilizado para Iberoamérica. También allí nos encontrábamos en las fronteras de una historiografía occidental aunque por motivos diferentes. Los dogmas, los ideologismos y los arcaísmos que dominaron buena parte de la historiografía latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX, no eran (mayoritariamente) cuando Romano llegó a ella, el resultado de una imposición desde el poder sino en muchos casos de la dificultad para construir una lectura profesional, o si se prefiere simplemente erudita y sistemática en un marco donde las urgencias parecían otras —al igual que los usos que había que dar a la historia para resolverlas.

Distinta sería la situación posterior, en la época de las dictaduras militares que asolaron el continente entre mediados de los setenta y principios de los ochenta, ahí si tendríamos una situación de cercenamiento desde el poder incluso muy agravada con respecto a la de los socialismos reales. Empero, lo que ocurría cuando Romano arribó por primera vez a Iberoamérica, a fines de los años cincuenta, era que lo más consistente que la historiografía iberoamericana había hasta entonces construido, con sus debidos límites y con sus diferencias nacionales, la escuela erudita, no sólo iba hacia su total obsolescencia sino que estaba siendo puesta seriamente en cuestión por nuevas corrientes en las que los motivos del cambio social eran más importantes que los de la comprensión histórica.

La segunda observación que queremos formular es menos discutible: una de las enormes ventajas de Ruggiero Romano y de la que pudieron beneficiarse sus muchos discípulos es haber sido no simplemente un historiador de América sino un historiador entre Europa y América, es decir entre las historiografías, los problemas, las lecturas formuladas en uno y otro contexto. Y parte de los méritos ha sido contribuir a fertilizar a cada uno de los dos campos con las contribuciones del otro. Permítaseme un ejemplo. Cuando Enrique Tándeter comenzó su investigación sobre Potosí una iluminación para su trabajo consistió en la sugerencia de Romano de leer la obra de Giorgio Georgetti sobre los sistemas agrarios en la Italia moderna. ¿Pero no fue la comparación con la Nápoles del siglo XVIII la que ayudó al mismo Romano a percibir muchos de los problemas de la economía colonial de Chile en la misma época? También sucedió inversamente. ¿Por ejemplo con la proposición al público europeo, por parte de Romano, de muchos clásicos latinoamericanos, a través de las ediciones de Einaudi, de Furtado a Murra, no ayudó también a repensar los problemas de la historia europea?

Las Américas de Romano, se señaló, comienzan (al revés de las de los conquistadores) desde el sur. Entre los años 1957 y 1964 una serie sucesiva de viajes establece los vínculos

con Uruguay, Argentina, Chile. Es el momento de muchas ilusiones en todo el contexto iberoamericano. Las ilusiones de la “modernización” que abarcan a la economía tanto como a la sociedad y al sistema político. Modernización de la sociedad y modernización paralela de las ciencias sociales destinadas no sólo a brindar una presuntamente mejor comprensión de sus sociedades sino también a sustituir el mal del “ensayismo” endémico de la reflexión latinoamericana.

¿Pero quién es ese historiador que llega por vez primera a Montevideo? Es un historiador que posee ya una larga experiencia en el terreno de la historia europea moderna. Su itinerario está constituido por un conjunto de experiencias historiográficas diferentes y que, en su mezcla, constituyen una notable originalidad y una rica combinación de perspectivas. Ante todo las experiencias napolitanas, que van desde sus estudios en la Universidad hasta su tesis sobre un tema, clásico en las preocupaciones de los intelectuales del Reame: la revolución napolitana de 1799, en la que tantos habían querido buscar las claves de una conflictiva y problemática modernidad. Es interesante que la aproximación de Romano a ese tema, sea a través de la figura de Vincenzo Russo y la corriente más extremista de la revolución napolitana y no, como en los intereses de su maestro Nino Cortese, a través, por ejemplo, de Vincenzo Cuoco<sup>5</sup>. El primero remitía a las ilusiones (*¿encore des illusions?*) el segundo al escepticismo.

Pero esta experiencia napolitana tiene dos prolongaciones, una en el espacio, los dos viajes de Romano a Alemania a la Universidad de Leipzig durante la guerra y el otro en el tiempo, la prolongación de sus estudios en el Istituto Italiano per gli Studi Storici, que alguien llamó con felicidad la Universidad de Spaccanapoli, que Benedetto Croce ha creado en Nápoles como una forma crepuscular de encontrar un lazo con las nuevas generaciones de historiadores y a través de él de prolongar el hábito del historicismo en la segunda posguerra. Si la operación de Croce se revelará en el mediano plazo menos exitosa de lo previsto, no dejará de ser significativo que casi todos los historiadores relevantes pasen por dicha experiencia, en los años sucesivos a la Liberación, aunque muy pocos permanezcan en esa sensibilidad historiográfica y los que lo hagan tendrán, con todo, profundas diferencias con la forma ideal-racional en la que Croce había desembocado<sup>6</sup>.

El abreviar de Romano en las dos fuentes mayores del historicismo, italiana y alemana, se combinan luego con la experiencia francesa de “Annales”. Experiencia que muchos de los que se postularon como herederos de aquella forma que definirían “italiana” de hacer historia, verían como sustancialmente contradictoria con las propuestas de “Annales”: Contradictorias sea con las temáticas (la prioridad de las dimensiones materiales de la experiencia) sea, sobre todo, con las opciones historiográficas que habrían enfatizado el papel de las estructuras y de la larga duración en contraposición con la consagración de la libertad del individuo o con una noción más clásica de tiempo histórico. Ciertamente esa lectura de las relaciones entre historicismo idealista italiano y “Annales” braudelianos puede discutirse en sus formulaciones más extremistas, como las de Furio Diaz, pero quizás menos en la per-

---

<sup>5</sup> R. Romano, Sobre el interés de Cortese por Cuoco, cfr. la bella introducción a V. Cuoco, *Saggio Storico sulla Rivoluzione di Napoli del 1799*, Napoli, Procaccini, 1995 (primera edición 1926) así como la otra Introducción a V. Cuoco, “Il pensiero educativo e politico” (Firenze, 1948).

<sup>6</sup> Parece a todas luces excesiva la referencia a una “escuela de Croce” como titula un libro que recoge útiles entrevistas, aunque sesgadas en la selección, de antiguos alumnos del Istituto. Cfr. E. Romeo, *La scuola di Croce. Testimonianze sull'Istituto per gli Studi Storici*, Bologna, Il Mulino, 1992.

suasiva argumentación de Marina Cedronio<sup>7</sup>. Por supuesto, además, existía, un *trait d'union* entre Croce y Braudel, y era la figura de Federico Chabod, vicario del Istituto Italiano per gli Studi Storici, pero en quien su robusta concepción de la realidad histórica (hija tal vez de la formación en la escuela de perfeccionamiento que Volpe había creado en Roma durante el período de entreguerras) hacía menos incompatible las diferencias. Y el homenaje tributado por Braudel a la muerte de Chabod testimonia, si no la semejanza de concepciones historiográficas sí, al menos, las buenas relaciones y la mutua admiración que surcaron sus contactos. Desde luego que otro punto de vinculación posible entre “Annales” y el historicismo idealista, es Lucien Febvre, en este caso más temático que historiográfico —aún si es difícil hallar páginas mas cercanas a la sensibilidad croceana que las iniciales de “Le problème de la incroyance au XVI siècle” en las que el historiador francés indaga cómo “cada generación inventa su renacimiento”<sup>8</sup>. Un Febvre en quien habría querido verse, por lo demás, una mayor sensibilidad hacia el problema del individuo en la historia, casi como una línea diferenciada dentro de las misma tradición annalista mas cercana a la sensibilidad del historicismo.

Con todo, mas allá de admitir la existencia de esas dos líneas, debemos recordar que Romano comenzó a trabajar en Francia en ambas. Una se expresaba en la colaboración con Lucien Febvre, que hubiera debido fructificar en un libro conjunto sobre la sociedades del renacimiento, que finalmente quedó parcialmente trunco en indescifrables manuscritos del gran historiador francés —y que era parte de esas múltiples iniciativas abordadas por aquél, en los últimos años de su vida, con jóvenes historiadores como Henri Martín o Robert Mandrou. La otra línea fue la que fructificó plenamente: la vinculación con Braudel y con Labrousse en quienes la novedad y la ruptura con otras formas de hacer historia no era sólo temática sino historiográfica. Se trataba de esa inmersión en la historia serial, que Labrousse había tomado de Simiand, y que significaba una operación historiográfica que debía, en los propósitos de sus cultores, revolucionar la forma de hacer historia.

Como es conocido, todo partía conceptualmente de aquel seminal artículo de Simiand, en su polémica con Seignobos, y era continuado y desarrollado por Labrousse en sus investigaciones sobre los precios y la gran revolución<sup>9</sup>. El historiador, para ser un científico (desde la idea de que existe un sólo modelo de ciencia y no dos, idiográfica y nomotética) no puede operar con hechos únicos, individuales cuya organización realiza en forma cronológica y cuyo principio de causalidad es individual y temporal (un hecho singular explica otro hecho singular que lo sucede). Debe, por el contrario, operar con hechos homogéneos, susceptibles de ser colocados en una serie para luego correlacionar ambas series. Solo ello le permitirá ir más allá de una causalidad individual y plantearse la posibilidad, la aspiración, como cualquier otro científico, de construir leyes. La historia así se disuelve en las ciencias sociales, que se disuelven en una concepción monista de la ciencia.

---

<sup>7</sup>F. Diaz, “Le stanchezze di Clio” en M. del Treppo (comp.), *Storiografia francese di ieri e di oggi*, Nápoles, Guida, 1977; y M. Cedronio, “Profilo degli Annales attraverso le pagine delle “Annales” en *Atti dell’Accademia di Scienze Morali e Politiche*, vol. LXXXIII, Nápoles, Libreria Scientifica, 1972.

<sup>8</sup>L. Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*, México, UTEHA, Introducción , pero también, “Comment Jules Michelet inventa la Renaissance”, en Id., *Pour une histoire à part entière*, Paris, SEVPEN, 1962, pp. 717-729.

<sup>9</sup>F. Simiand, “Méthode historique et science sociale. Étude critique d’après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos, en *Revue de Synthèse Historique*, t. VI, 1903, pp. 1-26; E. Labrousse, “Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII siècle” y “La crise de l’économie française à la fin de l’ancien régime et au début de la Révolution” ambos están incluidos (no integralmente) en Id., *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Tecnos, 1962.

La combinación de las “Annales” braudelianas, en su forma de “historia serial”, con el historicismo italiano es, más allá de todo debate, una relación problemática pero, desde luego, para quien la recibe muy enriquecedora. Es difícil indagar ambas matrices del pensamiento de Romano. En América Latina fue siempre percibida más la primera que la segunda. Ello puede ser un error pero, como sabemos, ese tipo de error constituye el núcleo básico de las profecías autocumplidas: si las personas perciben que algo es real, es real en sus consecuencias y los historiadores latinoamericanos vieron, ven hoy todavía en Romano, sobre todo el mensajero de la nueva forma científica inductiva a la manera en que era percibido “Annales” en la segunda posguerra. Es decir el Romano de la historia serial. Pero todo ello nos remite no sólo al problema de la obra de Romano en América meridional sino al de la recepción de la misma.

Cuando Romano llega al extremo sur del continente americano, una nueva generación de historiadores busca abrirse camino entre las dificultades de todo tipo de inercias institucionales. Son historiadores que estaban buscando una vía para romper con la historiografía tradicional sin caer en la historia ideológica por entonces en alza. Una de las ventajas para esa operación era, entonces, la centralidad que adquirirían las nuevas ciencias sociales vinculadas con las ambiciones de “modernización”: la sociología y la economía y los diálogos que con ella establecían los jóvenes historiadores. Por supuesto que esto era más visible en Argentina o parcialmente en Chile. En Uruguay, en cambio, una sólida historiografía tradicional estaba en vías de innovar desde los mismos fundamentos de una historia erudita más flexible y competente —piénsese en este sentido en el camino que va de Pivel Devoto a José Pedro Barrán. En cualquier caso, por esa vía —o por aquella provista por un marxismo ortodoxo sólidamente implantado en la vida universitaria—, la historiografía uruguaya se dedicaba a nuevos temas y nuevos enfoques con poca recepción de las novedades procedentes de la historiografía europea o de las ciencias sociales. A esas características poco receptivas del medio uruguayo se sumaba el hecho de que Romano entró en contactos en Uruguay —como Blanca Paris y Juan Oddone— con un discípulo de Braudel, Gustavo Beyhaut y un joven Gustavo Cecchili, quienes eran bastante marginales en su país, donde Edmundo Narancio y sus discípulos (que tanto habían obstaculizado precedentemente a José Luis Romero) tenían buena parte del control universitario. Ello se reflejaba en que para Beyhaut, Paris y Oddone la mejor carta académica seguía estando en la otra orilla del Plata, en Buenos Aires, donde podían beneficiarse del hecho de que el gran impulsor de la renovación historiográfica, José Luis Romero, los había cobijado por sus méritos. Ningún encuentro se produjo, por otra parte, entre Romano y el que se convertiría, en el largo plazo, en el punto de referencia de las nuevas generaciones uruguayas posteriores, Carlos Real de Azúa.

José Luis Romero sería también el introductor, el promotor de Romano en Argentina. Romero, que era un historiador más desconfiado de las novedades historiográficas que lo que se ha sostenido, creía, sin embargo, en la necesidad de brindar a los jóvenes que trabajaban con él nuevas oportunidades y perspectivas y eso explica su apertura hacia “Annales”. Esa apertura se expresaba no sólo en la enseñanza de Romano sino en la publicación en castellano de muchos de los trabajos fundamentales que la revista estaba editando sino también en su voluntad de colaborar en proyectos de investigación con Gino Germani y el departamento de sociología. El ámbito de todas estas iniciativas era la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en la que Romano desarrollará la mayoría de sus

cursos –aunque sus contactos se extendieran también a Rosario y a Córdoba, aquí con el grupo dirigido por Ceferino Garzón Maceda.

Aunque la influencia de Romano fue mucho más significativa en Argentina que en Uruguay, también en ella operaba en un sector pequeño aunque muy brillante de la historiografía local, en el que confluían desde otro antiguo alumno de Braudel, Tulio Halperin, hasta algunos destacados discípulos de Romero como Reina Pastor y Haydée Gorostegui de Torres. Pero nunca se señalará lo suficiente cuanto ellos estaban fuera (salvo en la Universidad del Litoral) de los departamentos e institutos de Historia de las distintas universidades, sea como docencia sea como ámbitos de investigación. Lo que implicaba que el prestigio del grupo era mucho más grande en la cultura argentina (incluso por el control académico de prestigiosas editoriales como Eudeba o Paidós) o en el exterior que dentro de la historiografía académica local.

Será en ese sector renovador, en el que existía una amplia interacción institucional e intelectual con la escuela cepalina y con la sociología germaniana, en el que la influencia de Romano fue más visible. Ella se centraba en el terreno de la historia económica y en especial de precios y los cursos que al respecto dio Romano, seguido por un público menos de historiadores que de científicos sociales, dejaron un largo y perdurable eco en Argentina. Desde luego que, como el mismo Romano recordó en el seminario, también dictó otros cursos, pero lo significativo es que en la memoria de los testigos de aquellas visitas sólo ha perdurado el eco de su contribución a la historia económica. Ello no es desde luego sorprendente. La economía aparecía entonces en el centro de cualquier propuesta de transformación de la sociedad y de la historiografía. Eran, finalmente, los años en que desde la línea abierta por Dobb en el marxismo británico hasta la propuesta por la generación francesa Braudel-Labrousse, desde la renovada historiografía de la industrialización de Landes a Gerschenkron hasta los comienzos de la “New Economic History”, o incluso hasta un autor tan influyente en América Latina como Rostow, todos los caminos parecían conducir a una transformación de los estudios históricos desde ese campo.

La atracción de la propuesta de Romano era además metodológica, aunque aquí en el mediano plazo, la estrategia científica, inductiva, serial y cuantitativa se revelará menos compatible, en un sentido a la vez epistemológico y de instrumental tecnológico, con la de los economistas cepalinos. Por ese entonces, en cambio, era ese tipo de historia y esa vinculación con la prestigiosa escuela francesa la que permitía a los nuevos historiadores tener un marco de diálogo intelectual con otros científicos sociales procedentes de disciplinas más sistemáticas y más formalizadas.

Conozco bastante menos la influencia de Ruggiero Romano en Chile, el tercero de los países de esta su primera etapa americana. Una diferencia me parece evidente: su introducción en el mundo académico no fue desde sectores que, más allá de su prestigio o su talento eran marginales institucionalmente en sus historiografías, sino desde el centro mismo de la escuela erudita, de la mano de esa figura de enorme prestigio que era Mario Góngora. Por otra parte, el caso chileno era historiográficamente más semejante al uruguayo que al argentino, tanto en el sentido de que existía una tradición erudita menos esclerosada que en la Argentina, como en el hecho de que ahí también había una tradición alternativa enraizada en movimientos políticos de izquierda. Lo que los diferencia es la vía de ingreso a cada ámbito académico.

A esa vía de acceso privilegiado que encontró Romano en Chile se agrega que aquí no existía nada comparable al papel que por entonces desempeñaban, en la vida universitaria e intelectual argentina, los economistas y los sociólogos —aunque la relación que se establecerá con los demógrafos en el país trasandino es algo que merecería ser indagado. Y la observación quiere señalar que la propuesta renovadora de Romano encontrará allí menos competencia por parte de otras alternativas que al otro lado de la cordillera. Quizás todo ello explique por qué fue en este país donde fructificaron en mayor grado las iniciativas adoptadas por Romano. En especial sería de importancia la colaboración con Alvaro Jara y con Rolando Mellafe, con quienes realizaría la obra colectiva “Temas de Historia Económica Hispanoamericana” que publicaría Mouton y que reuniría los trabajos presentados en una sesión de un Congreso Internacional de Historia Económica.

Desde luego que la influencia de Romano no fue sólo intelectual sino también institucional. Ello era parte de aquella diplomacia de las ideas que tanto se ha señalado como estrategia fundamental de Braudel y, más en general, de “Annales” en la segunda posguerra. En este sentido, los recursos franceses servirían tanto para apoyar estancias de jóvenes estudiosos en Francia como para financiar proyectos de investigación en sus respectivos países (a través, por ejemplo, de la Asociación Marc Bloch creada en Argentina) o para proveer de vinculaciones con la Asociación Internacional de Historia Económica, en cuyos congresos comenzarán a participar especialistas latinoamericanos.

Hemos presentado relaciones y vínculos institucionales de este primer Romano, en el cual no es innecesario decir que Romano es el mismo, pero también es el representante de “Annales” y del Centre de Recherches Historiques de la entonces Ecole Pratique des Hautes Etudes. Es hora de hacer algunas referencias acerca de la contribución de Romano a los debates historiográficos iberoamericanos en ese período. En efecto, como siempre en Romano, la metodología no es un fin en sí mismo sino un instrumento para abordar ciertos problemas y el que aquí interesa, desde la historia serial, es el del desarrollo. Ese problema no era para Romano una cuestión de historia latinoamericana sino de historia general. En este sentido, la realidad sudamericana ofrece un “banco de pruebas” para ciertos esquemas del desarrollo económico —a la manera de lo que requería Braudel en su célebre artículo de 1957, como papel de la historia, actuar como un ámbito en el cual verificar los modelos provenientes de las ciencias sociales.

De este modo, la perspectiva de Romano hace que la historia americana salga de su marginalidad e ingrese en los grandes temas en debate en la historiografía europea. ¿Y qué tema concita más el interés de historiadores, pero también de economistas y desde luego de políticos iluminados (hasta donde entonces todavía los hubiera) que el problema del desarrollo?

La perspectiva desde la que arriba a esa cuestión Romano es también braudeliana en otro sentido: la forma de mirar el problema. Como habían enseñado “El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II” o “El problema de la incredulidad en el siglo XVI”, todo tema histórico podía ser visto desde los actores pero también desde sus límites, desde los condicionantes, las prisiones, las inercias (elíjase el término que se quiera) que impedían que hubiera incrédulos en el siglo XVI o que Felipe II pudiese imponer su voluntad a la tiranía de las distancias y a ese deficitario e ineficiente sistema de transportes que era por entonces todo imperio. El problema del desarrollo es para Romano verlo desde los límites: es decir desde la perspectiva del “atraso”. En términos de Romano: los límites, los

frenos, los falsos prerequisites. En este punto, la lectura de Romano aparece como más "pesimista" (y el tiempo se encargará de darle sobradamente la razón), que aquella de los economistas (incluso de los cepalinos) pero aún de la lectura de una figura, justamente influyente en esos años, como Alexander Gerschenkron<sup>10</sup>.

Lectura pesimista que contiene una polémica (y aquí nuevamente estamos en el terreno de "Annales" y su "historia problema"): ante todo con Rostow y los rostowianos latinoamericanos. Polémica contra la linealidad, la simplificación, el esquematismo, el optimismo que emerge de un libro como "las etapas del desarrollo económico", que tiene todas las falsas seguridades que necesitan las obras para obtener éxito. Ciertamente mucha de la discusión en torno a Rostow derivaba del subtítulo del libro: "un manifiesto no comunista"; como recordaba David Landes, no se ataca un ícono religioso impunemente...<sup>11</sup>. Visto en perspectiva, aunque Rostow fue finalmente vencido, uno tiene la impresión que lo fue por las razones malas (políticas) y no por las buenas (historiográficas).

Historiográficamente, el problema de Rostow no era (o no debía ser) el lugar político desde el que hablaba sino en las insuficiencias de una visión que proponía una lectura esquemática del desarrollo desde el ejemplo de la revolución industrial inglesa, visto como único camino necesario por el que tenían que pasar todas las naciones en su proceso de industrialización. En esta línea de crítica, combinada con las limitaciones de la conceptualización del desarrollo englobados en la simplificada idea de los prerequisites, se movía Romano. Para ello empleaba las líneas abiertas por Gerschenkron en torno al problema de la multiplicidad de vías nacionales, sobre todo por la cuestión del momento de comienzo de la industrialización (que éste traía a su vez de la antigua polémica propuesta por los populistas rusos) y aquellas sugeridas por Paul Bairoch acerca del crucial papel de la agricultura que había sido presentado en un conocido libro<sup>12</sup>. Pero además de esas influencias, ¿cuánto de la lectura de Romano estaba también influida por las imágenes del mismo problema existentes en el antiguo Reame? Finalmente el tema del atraso y de las diversidades había sido también el gran tema de los economistas napolitanos del settecento: Galiani y Genovesi.

La obra principal de Romano que simboliza los problemas que le interesan y la forma de abordarlos es "Chile: una economía colonial". Mucho hay de "Annales" en este estudio. En primer lugar aquellos clásicos indicadores que habían caracterizado su forma de hacer historia económica: moneda, comercio, precios. Mucho hay también de una figura a la que Romano ha retornado muchas veces, Dopsch, con su central distinción entre economía natural y economía monetaria. Distinción formulada por Romano como la problemática del paso de una a la otra. ¿Sería muy osado decir que también encuentro ecos aquí (pero tal vez me equivoque) de aquellos fundamentales trabajos de Maurice Lombard sobre la Europa medieval, en especial el de la polémica anti-Pirenne: "El problema del oro en la edad media"? Es decir de aquellas tribulaciones de una economía, como la Europea altomedieval, sin moneda, y los límites que esa asfixia monetaria imponía al desarrollo económico.

---

<sup>10</sup> A. Gerschenkron, *El atraso económico en su perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel (la edición italiana realizada por Einaudi a propuesta de Romano lleva un prólogo de éste).

<sup>11</sup> D. Landes, *La favola del cavallo morto, ovvero la rivoluzione industriale rivisitata*, Roma, Donzelli, 1993, p. 19.

<sup>12</sup> P. Bairoch, *Revolución industrial y subdesarrollo*, México, Siglo XXI, 1967 (primera edición en francés, 1963).

El problema paradójal que presenta el caso chileno, comparado con los europeos, es cómo una agricultura floreciente no puede actuar como motor del desarrollo ante la falta tanto de mercado como de moneda de cuenta. Pero el caso presenta también todos los problemas de la relación centro-periferia, en los que Chile aparece como la periferia de la periferia, como una región doblemente colonial, dada su dependencia de los mercados peruanos.

Toda la lectura de la economía de Chile en el siglo XVIII aparece así dominada por la ambigüedad (“Pero acaso la ambigüedad, con sus ambivalencias, ¿no es casi una ley económica de América del Sur?”) y el atraso. Pero es evidente que también aquí el mezzogiorno de Italia como caso histórico (otra periferia) presenta analogías y contrastes con los que pueden iluminarse ambos. En este sentido yo propondría una confrontación del estudio sobre Chile con el fundamental trabajo de 1965 sobre “Prezzi, salari e servizi a Napoli nel secolo XVIII”<sup>13</sup>. Ciertamente, la coyuntura napolitana con sus precios en alza y sus salarios estables es más semejante al paradigma europeo, o si se prefiere al movimiento francés retratado por Labrousse. Pero en Nápoles la coyuntura favorable se pierde por las insuficiencias de una burguesía incapaz de aprovechar las ventajas, pero también por los límites al desarrollo impuesto por las tensiones sociales. De donde por vías diferentes, el Reame y Sudamérica encuentran ambos obstáculos que hacen sus itinerarios económicos sustancialmente equiparables, en su divergencia, con aquellos tomados como modelos ideales.

En 1965 los acontecimientos signan un cambio significativo en la relación entre Romano y América. Por una parte el distanciamiento entre Braudel y Romano y la renuncia de este último a la Dirección del Centre de Recherches Historiques implica, globalmente considerado, un distanciamiento de la Ecole de América Latina. Por la otra, la renuncia de José Luis Romero al Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y su jubilación —que anticipa en un año la intervención a la Universidad argentina— y la impasse de vastos proyectos editoriales, como el de Eudeba (donde se había publicado el libro sobre Chile) priva a Romano de un importante interlocutor. En cualquier caso, el resultado de aquellos acontecimientos va acompañado por un creciente empeño de Romano en el ámbito italiano, a través de su relación con Giulio Einaudi y el comienzo en Torino de tres proyectos de vastos alcances, la “Storia d’Italia”, la “Enciclopedia” y la finalmente no concretada “Storia Universale”.

América Latina queda en los márgenes del nuevo proyecto historiográfico de Romano, como puede verse simplemente en su elenco de publicaciones. Una publicación “ciclostilata” en la Universidad de San Marcos anticipa el porvenir pero por ahora, en esa segunda mitad de los años sesenta —entre 1967 y 1971 hay un vacío latinoamericano en sus publicaciones— el centro de su actividad se aleja no solo del Cono Sur sino de América Latina toda. Cuando reaparece ya es otra América, es el mundo andino. Pero esa nueva América ya no es la de las ambigüedades, de los atrasos, antes aludida a propósito del Cono Sur. Ahora en ese nuevo mundo andino, en la visión de Romano no hay ambigüedades, hay simplemente imposibilidades. Recuerdo una expresión de Romano acerca de la lógica política de fenómenos como “Sendero Luminoso”: ella emergía de que en lugares como Perú

---

<sup>13</sup> R. Romano, “Prezzi, salari e servizi a Napoli nel secolo XVIII (1734-1806)”, Milano, Banca Commerciale Italiana, 1965, reproducido en Id., *Napoli dal Vicereame al Regno*, Torino, Einaudi, 1976.

“non c'è niente da fare”. Pero para esa nueva imagen de América que será, en realidad, más la de otra América que Romano comienza a construir a partir de principios de los años setenta—cuando en los términos de una carta a Juan Oddone señala que “riprenndo l'America ma a dosi omeopatiche”—, ya no servirá ni el término ambigüedad ni el término “atraso”, sino otro: “feudalismo”.

Es interesante señalar que el término “feudalismo” no aparece jamás en el libro sobre Chile. Y no es que no aparezca porque esté ausente en el vocabulario del Romano historiador. Por el contrario, en su conocido artículo de 1962 sobre la crisis del seiscientos en Italia, Romano hace pleno uso explicativo de una noción de refeudalización, usada paralelamente a Emilio Sereni en su “Storia del paesaggio agrario italiano”<sup>14</sup>. Idea de feudalismo en Romano que, aunque vista como una característica estructural vinculada con la larga duración, con el mundo rural y con el modo de producción (y que reaparecerá con mucha fuerza en el ensayo de apertura que escribirá para la einaudiana “Storia d'Italia”) no refiere principalmente a Marx, aunque sí se inserta en la versión latinoamericana de una polémica célebre en el seno del marxismo de la posguerra, el debate Dobb-Sweezy. Esa polémica tenía una formulación latinoamericana, comenzada en 1965 en las páginas de “El Gallo Ilustrado”, entre Rodolfo Puiggrós y André Gunder Frank<sup>15</sup>. Será este último quien se convertirá en el objeto de la segunda gran polémica impulsada por Romano, tras el fin de aquella sostenida con Rostow.

Aunque la polémica contra Gunder Frank se refiere a la difusión de sus ideas tanto en Europa como en América, aquí seguiremos las etapas de la misma sólo en este último ámbito. La nueva batalla de Romano empieza también (editorialmente) desde el sur. El artículo que contiene la polémica anti-Frank es publicado en Buenos Aires en una revista académica, *Desarrollo Económico*, en 1970 y en otra revista de ideas, *Marcha*, en Montevideo en 1971<sup>16</sup>. ¿Cuál será el impacto del ensayo de Romano en el debate que casi inmediatamente alcanzará vastas proporciones en una nueva generación de historiadores latinoamericanos? Si revisamos el número que se publica en Buenos Aires en “Pasado y Presente” en 1973, sobre “Los modos de producción en América Latina”, con introducción de Juan Carlos Garavaglia, diríamos que poca<sup>17</sup>. Ahí aparecen contribuciones de estudiosos de distintas profesiones y mayoritariamente argentinos: Laclau, Ciro Santana Cardoso, Ciafardini, Assadourian. Revisando las notas se observa que el trabajo de Romano es citado una sola vez por Horacio Ciafardini.

---

<sup>14</sup> R. Romano, “Tra XVI e XVII secolo. Una crisi economica: 1619-1622”, *Rivista Storica Italiana*, n° 5, 1962, pp. 480-531; artículo que presenta el interés de la combinación de una problemática que estaba convirtiéndose en central en la historiografía influida por el marxismo con una metodología de análisis ligada a la experiencia francesa, el enfoque cíclico a la Simiand. De donde la refeudalización se articulaba con el pasaje de una fase A de expansión en el cinquecento a otra B de contracción en el seicento. Para la lectura marxiana, E. Sereni, *Storia del paesaggio agrario italiano*, Bari, Laterza, 1961 (en el que Sereni tomaba distancia de su “optimismo” acerca del desarrollo del capitalismo italiano de su “Il capitalismo nelle campagne”).

<sup>15</sup> R. Puiggrós, “Los modos de producción en Iberoamérica” y A. Gunder Frank, “¿Con qué modo de producción convierte la gallina, maíz en huevos de oro?”, ambos publicados originalmente en “El Gallo Ilustrado”, México, 1965, reproducidos luego en muchos lugares y finalmente en A. Gunder Frank, R. Puiggrós, E. Laclau, *América latina: ¿feudalismo o capitalismo?*, Bogotá, Cuadernos de la Oveja Negra, 1972.

<sup>16</sup> R. Romano, “A propósito de “Capitalismo y subdesarrollo en América Latina” de André Gunder Frank”, *Desarrollo Económico*, v. 10, n. 38, 1970.

<sup>17</sup> C.S. Assadourian, C.S. Cardoso, H. Ciafardini, J.C. Garavaglia y E. Laclau, *Modos de producción en América latina*, Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 40, 1973.

Más que esa comprobación vale la pena discutir, a través de ella, ese nuevo momento de la historiografía latinoamericana que es lo que, mejor que otra cosa, explica la poca receptividad. Si ciertamente la crítica de Romano es muy dura hacia Gunder Frank, ella no difiere en hostilidad de las de la mayoría de los colaboradores de la revista del grupo marxista de Córdoba. Pero en estos últimos no se trata de un problema histórico sino de un problema teórico. Gunder Frank es destruido desde Marx, no desde los límites históricos de su visión del problema. Es decir que toda esa nueva (y no tan nueva) generación de historiadores y científicos sociales, de las que Laclau es hasta cierto punto un emblema, realiza un giro teórico que prescinde o subalterniza la investigación histórica, en una clave que no puede no definirse compatible, sino directamente heredera, del althusserianismo europeo.

¿Como podía ser recibido Romano y sus enseñanzas en ese clima de ideas que buscaba hacer la revolución partiendo de la teoría? ¿Y más aún quién era Romano? Un prestigioso historiador económico académico. Y aquí en esos años setenta para muchos no se trataba en modo alguno de un problema académico. El tiempo cambiaría las cosas. Por alguna forma de la conocida “astucia de la razón”, el compilador del volumen aludido se convertiría en un discípulo de Romano, pocos años después, como parte de aquellos miembros supérstites de una generación que descubrió que se trataba tanto (sino antes) de comprender el mundo como de transformarlo.

Si el ingreso en la polémica capitalismo vs. feudalismo signa el retorno historiográfico de Romano hacia temas latinoamericanos, será su vinculación con el mundo andino y los problemas en él planteados, los que orientarán su nueva geografía intelectual americana. En ese contexto, el concepto que mejor puede definir, creo, ese conjunto de nuevas preocupaciones es el de “alteridad”. En el marco de esa devastación global, hija de la conquista, que Romano verifica en el mundo andino surgirán, a plena luz, la enormidad de los conflictos culturales y sus resultados: la destrucción de culturas diversas en nombre de la civilización. En este sentido, la operación que propone Romano reproduce, por otras vías, la estrategia planteada en sus estudios de historia económica de los años sesenta. Si entonces se trataba de repensar el problema del desarrollo, desde el banco de pruebas americano, ahora se trata de partir de la realidad latinoamericana para repensar la historia occidental en la clave “centrato-accentrato”, temática que será una de las que organizará conceptualmente a la Enciclopedia Einaudi por él dirigida.

Como siempre en Romano, la reflexión histórica nueva va acompañada también de nuevos instrumentos y de un diálogo con las ciencias sociales. En este sentido lo que luego se llamará, en la “nouvelle histoire”, el giro antropológico (o por usar una expresión en este nuestro caso más pertinente, etnohistórico), está ya presente, con anticipación y sin declamarlo, en este Romano de los años setenta y del mundo andino, a partir de ese profundo diálogo intelectual que establece con obras como las de John Murra, Alfred Métraux y Zuidema<sup>18</sup>. Pero estas obras proveen una vía de pasaje hacia otros autores que trabajan sobre otras realidades (Europa/Africa) a partir de conceptos como “redistribución” y “reciprocidad”. Me refiero a dos de los grandes redescubrimientos de fines de los años setenta (por ejemplo entre los microhistoriadores): Karl Polanyi y Max Gluckmann; y desde este

---

<sup>18</sup> Los textos de Romano sobre estos tres autores aparecen reunidos (junto a otros prólogos) en R. Romano, *Tra storici ed economisti*, Torino, Einaudi, 1982.

último hacia la escuela antropológica de Manchester. Todos los que son ya, con anticipación a su moda, citados por Romano.

La nueva fase de la producción intelectual de Romano aparece dominada también por una perspectiva "situacionista" cercana a la sensibilidad antropológica y en la que se busca la explicación del "otro" desde el contexto. En esta línea se mueve (creo) su lograda síntesis "Los conquistadores"<sup>19</sup>.

La nueva realidad andina y la apertura etnohistórica de Romano generará nuevos frutos en sus grandes discípulos en el terreno de la etnohistoria, Thierry Seignes y Nathan Wachtel, o en el ámbito peruano, en los estudios de historia social y económica de Manuel Burga. Discípulos que se suman a todos aquellos otros que, en muchos casos (pero no en todos), hacen en la Ecole des Hautes Etudes su doctorado con Romano y que constituirán lo más destacado de la generación de historiadores latinoamericanistas de sus respectivas generaciones: de Enrique Florescano a Marcello Carmagnani, de Enrique Tandeter a Aníbal Arcondo, de Juan Carlos Garavaglia a Jorge Gelman; y desde luego esa formación de discípulos directos o indirectos es uno de los aportes más valiosos del historiador italiano.

La tercera etapa de la relación entre Romano y América Latina está enmarcada en tres contextos: el fin de su colaboración con la Editorial Einaudi, su nuevo involucramiento con América (ahora principalmente con una tercera área, México) pero también por una situación nueva en el continente: el retorno democrático y la reprofesionalización de la disciplina. Por supuesto que este último proceso tiene desfasajes temporales —e intensidades de transformación historiográfica— nacionalmente diferenciados pero, hasta donde pueda hablarse de un movimiento de conjunto, proponen un retorno a una historiografía más comprensiva y menos ideológica que marcaría a los años ochenta-noventa por venir.

Quisiera incluir aquí un recuerdo personal. Cuando en 1985 Romano volvió, luego de muchos años, a la Argentina, prácticamente todo el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (de sus más variadas tendencias) asistió a su ciclo de conferencias. Era el reconocimiento de la comunidad académica argentina a lo que Romano había sembrado en por entonces casi tres décadas de trabajo sobre América Latina. Si siguiéramos las etapas de los doctorados "Honoris causa" de Romano tendríamos (creo) la misma sensación. Era, en esos años también en que la obra de Romano alcanzaba un amplísimo consenso que lo consagraba como el más importante historiador europeo viviente que se ocupase de Hispanoamérica; y eludo deliberadamente el término historiador latinoamericanista ya que eso Romano no lo ha sido nunca, sino que ha sido un historiador entre Europa y América. Esa ha sido su fuerza. Pero también entonces maduraban finalmente los grandes proyectos de investigación de Romano, en los que confluían décadas de investigaciones.

En el libro de 1993, sobre las "Coyunturas Opuestas", Romano pone todo su oficio de historiador económico y una buena parte de sus investigaciones realizadas en distintos archivos americanos para repensar el siglo XVII<sup>20</sup>. Creo que este es un libro no sólo singularmente importante sino que expresa, más que otros, algunas de las (para mí) mayores cualida-

---

<sup>19</sup> R. Romano, *Les mécanismes de la conquête coloniale: les conquistadores*, Paris, Flammarion, 1982.

<sup>20</sup> R. Romano, *Coyunturas opuestas: la crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*, México, FCE, 1993.

des de Romano: ser un “Bastian contrario” o en términos de Isaiah Berlin, un hombre — ahora sí plenamente— contra la corriente. Permítaseme un ejemplo que es un argumento central en el libro: el tema de la “refeudalización”. Romano insiste en utilizar la expresión, aún si recuerda que sus maestros inmediatos (Fernand Braudel) o mediatos (Marc Bloch) preferían otra expresión: “reacción señorial”<sup>21</sup>. Romano no ignora, por lo demás, que el debate terminológico es un debate que puede leerse en dos claves no necesariamente superpuestas: ideológica o historiográfica. En efecto, la discusión es sustancialmente entre marxistas y no marxistas, en donde los marxistas defienden la expresión no sólo como un dogma sino como una representación de una historiografía que, diga lo que diga, subordina el análisis histórico a las premisas del modelo teórico —y no es necesario ir más allá, a modo de ejemplo de la discusión, en cierto sentido inversa, acerca de la definición de burguesía, que tuvieron en 1955 en el congreso internacional de historiadores, en Roma, Ernest Labrousse y Pierre Vilar. Podrá afirmarse que los no marxistas contraponen la expresión “reacción señorial” en un sentido ideológicamente polémico, sea; pero quiero creer que también (los mejores de entre ellos) la usan para combatir no sólo ese dogma sino todos los dogmas.

En cualquier caso la originalidad de la posición de Romano, que nos recuerda su posición en el debate sobre feudalismo americano, es usar la expresión “refeudalización” sin hacerlo desde la perspectiva marxiana, aún si compartiendo con ésta la prioridad a atribuir a los fenómenos de la producción por sobre los de la distribución. Creo que, en este sentido —además de los de recuperar en el pensamiento del filósofo escocés, la centralidad de las transformaciones agrícolas y señalar la posición de los “clásicos” en temas que se suponen muy contemporáneos— es que debe leerse su interesantísimo artículo sobre Adam Smith y la “transición del feudalismo al presente”<sup>22</sup>. Lo que hace más interesante aún la posición de Romano es que creo que él sabe bien las enormes dificultades de sus propuestas, ya que los conceptos utilizados por historiadores y científicos sociales no tienen ningún sentido originario sino sólo un sentido de uso, convencionalmente admitido. Revelar que no debería ser así me parece una útil propedéutica.

Pero volvamos al libro de 1993. Libro importante en la trayectoria de Romano por otras razones. Ante todo, tenemos ahí un gran tema a la medida de las ambiciones de aquella historia global que Braudel había encarnado. ¡Un siglo y dos continentes! Reaparecen, además del problema del feudalismo, todas aquellas líneas de trabajo que hemos ya presentado: circulación monetaria, precios, comercio, agricultura y población. Aquí Romano se inclina por una opción que lo aleja de la versión clásica de la tradición de “Annales”, al otorgar la prioridad explicativa a estos últimos dos factores por sobre los primeros y, volviendo a Abel y Bairoch, ver el elemento decisivo de las transformaciones, que abren al capitalismo moderno, en la agricultura. Ciertamente aquí reaparecen también todos los viejos temas, a veces repropuestos. Como por ejemplo el esquema que audazmente yo he denominado a la “Lombard”, que encuentra una de las razones de la prosperidad americana en el incremento del circulante producto de que mayor cantidad de metálico queda en el nuevo continente. Es decir que estamos en una situación opuesta a la descrita para el Chile del siglo XVIII. Empero en otros casos hay en Romano ya una insatisfacción acerca de fórmulas demasiado rígidas, como las fases A y B a la François Simiand<sup>23</sup>.

---

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 17-18 y 62.

<sup>22</sup> R. Romano, “Le problème de la transition du féodalisme “at present” dans l’oeuvre d’Adam Smith”, en *Revue européenne des sciences sociales*, t. XXIV, 106, pp. 17-24.

Es necesario decir que el libro se estructura, a la vez, sobre esa aludida confrontación Europa-América y, dentro de ella por aquellas premisas ligadas a la tensión “centrato-accentrato”. Llega aquí Romano a formular una hipótesis brillante y provocadora: la razón del respiro americano del siglo XVII se encuentra en las dificultades que paralelamente atraviesa la economía europea, y sobre todo española, que afloja los lazos de control: de donde los destinos europeo y americano aparecen indisolublemente unidos en una relación desigual en ese mundo atlántico. Relación a la vez complementaria en su lógica y contradictoria en sus efectos. Pero esa contraposición y esa complementariedad ¿no son acaso los de la misma vida académica de Romano, no hay en ella también esas coyunturas opuestas?

Si el libro de 1993 es un punto de llegada, los años noventa —que son los años plenamente mexicanos, con su enseñanza en El Colegio de México—, son también nuevos puntos de partida, de trabajos individuales y de grandes operaciones culturales. Grandes proyectos como la “Historia de América”, codirigida con Alicia Hernández y Marcello Carmagnani, o la Historia económica que está preparando con este último son algunos signos de la vitalidad de un joven historiador de 75 años. Nada diremos de todo ello aquí. Hay desde luego personas en esta sala mucho más competentes para hablar de ello.

Los libros y los combates de Romano se suceden también en muchos otros frentes como por ejemplo acerca de la idea de Italia o sobre los nuevos “Annales”. Su libro más reciente, que reúne también investigaciones de largo aliento, es casi un retorno al principio, a aquello que aludimos en su trabajo sobre Chile, ahora aplicado al caso de México: el tema de la circulación monetaria. En aquél y éste planea la figura de Dopsch y la célebre contraposición ya aludida entre economía natural y economía monetaria.<sup>24</sup>

¿Es posible hacer aquí un balance de la trayectoria de Romano? Del Romano historiador, ya que del organizador cultural o del protagonista de su siglo (como manager, como asesor) que son dimensiones sobre todo europeas y especialmente italianas, nada diremos aquí. Como nada tampoco diremos del hombre de extraordinaria cultura literaria, musical o culinaria, del anfitrión heredero de la espléndida tradición napolitana, ni de la riquísima conversación que la acompaña. Nada tampoco de cuánto él nos recuerda un itinerario intelectual hoy infrecuente: todas las ventajas que podemos extraer de los clásicos si les dedicamos a ellos una pequeña parte del tiempo, una parte nada más, de la que le dedicamos a leer a nuestros contemporáneos. La obra de Romano es, en ese sentido, un testimonio vivo del consejo de Italo Calvino al respecto —y ambos compartían en este punto a Raymond Queneau; solo que a los Jenofonte o Borges del segundo deberíamos agregar toda otra larga lista de Adam Smith al abate Galiani repropuestos por el primero.

Si tuviéramos que diseñar en unos pocos trazos los aportes (cualquier otra expresión sería igualmente insuficiente) historiográficos de Romano ¿en qué deberíamos detenernos? Yo sugeriría que ellos han sido los de un maestro de la crítica y de un maestro del oficio. Romano, en este sentido, ha brindado una invalorable contribución para librarnos de los “falsos profetas” (creo que él hubiera preferido llamarlos “cialtroni”) que han asolado la historiografía latinoamericana y europea en la segunda mitad del siglo XX. De ahí las grandes batallas, los combates de Romano, a veces perdidos en el corto plazo, casi siempre ganados en el largo. Esas batallas han

<sup>23</sup> R. Romano, *Coyunturas...*, p. 102 y 93.

<sup>24</sup> R. Romano, *Monedas, seudomonedas y circulación monetaria en las economías de México, México, Fideicomiso Historia de las Américas-FCE, 1998.*

sido dadas en nombre no de una teoría sino en nombre del oficio del historiador y de una cierta idea de la historia.

Oficio del historiador he ahí, en esas simples palabras (que titulaban un pequeño gran libro de Marc Bloch), todo un programa. “Ad fontes”, “Ad fontes”, he ahí en esa invocación hecha por Romano, en su intervención en el seminario organizado en México en su honor, buena parte de ese programa que era ya, es necesario no olvidarlo, el de la lenta construcción que había comenzado con la historia erudita. Quizás Romano comparta aquella idea –también de Marc Bloch– de que la historiografía moderna encuentra sus raíces en Mabilion más que en Voltaire, aun si ese “oficio” de historiador venga de sus maestros napolitanos tanto o más que de aquellos franceses.

Oficio sí, pero al servicio de una cierta idea de la historia. Una historia nunca ociosa, nunca historizante sino una historia problema que fue la divisa de Febvre pero también la propuesta de Benedetto Croce. Una historia de lo posible y lo no posible, de los límites, de las constricciones y a la vez de las grandes ambiciones. ¿Es necesario recordar cuánto ello fue también el programa de Fernand Braudel? Una historia también nueva que buscó, partiendo de aquellos principios heurísticos de la historia erudita, renovarla en un diálogo con las ciencias sociales, a partir de unas ambiciones de científicidad que, en su momento, expresaron la historia serial y la historia cuantitativa.

Pero Romano no ha sido sólo un historiador sino un maestro. Los que aquí se reúnen creo que lo hacen en reconocimiento a esa función y al modo de ejercer esa función, en la práctica de la profesión y fuera de ella. El mismo Romano dijo alguna vez que el linaje de los grandes maestros era el de los que no nos muestran los caminos que hay que seguir sino los caminos que hay que evitar. Junto a una lección de estilo nos ha dejado también esa lección de método.